

EL NUEVO MUNDO EN EL UNIVERSO DRAMÁTICO DE LOPE DE VEGA

Escribe: ALBERTO MIRAMON

Pocos autores del siglo de oro con mayor sentido de modernidad que Lope de Vega. Enamorado profundamente de la vida y de todo lo plástico de la existencia, disfrutó intensamente, como hombre y como escritor, el espectáculo del mundo; fue fecundo, rápido, inagotable, y gozó de todo, se enardeció, se embriagó arrastrado por una curiosidad íntima indetenible. Ese vagar rápido, multiforme; ese expandirse irresistible, es su grande, su magnífica fuerza.

Lo que más atrae en la obra de Lope es su mundo dramático; de toda su obra, es la parte que más se presta a las interpretaciones. Su teatro representa todo el mundo de su tiempo. Se extiende la vista por sus comedias y se experimenta la sensación de extenderla por una indefinida inmensidad. Todo está en la dramática del Fénix de los Ingenios. Las cinco partes de la tierra se ven comprendidas en sus innúmeras comedias. El genio de Lope ha mariposeado allí sobre todos los pueblos del planeta. No han tenido secretos para él ni el espacio ni el tiempo. Su fuerza es fácil, ligera, fluída.

A nosotros, los hijos de América, Lope nos concierne muy de cerca. Ningún autor del siglo de oro dio mayor cabida en su obra al Nuevo Mundo; ninguno en los anales de la literatura castellana, tiene la peculiaridad de haber sido el primero en consagrar una producción dramática al Descubrimiento.

A través de los siglos y con las naturales limitaciones que imponen la distancia y los incompletos conocimientos geográficos de la época, interesa averiguar cómo consideraba Lope a América, qué idea tenía de sus costumbres, de sus pobladores, de la variedad de sus producciones naturales.

En 1599 escribe un largo poema —en verdad, una crónica dialogada del descubrimiento— un poema castellano, según reza el subtítulo; pero pronto se desentiende enteramente de la llaneza —más aparente que real— para perderse en las sinuosidades de un arte refinado.

Es la primera aparición del Nuevo Mundo en la escena dramática, y en verdad que se puede comparar la obra de Lope con una selva virgen americana: selva inextricable y fecunda.

Faltaría acaso un poco de intensidad en la sensación, en el color, en la luz; se desearía también otro poco de amor a la soledad profunda, reflexiva, de la selva; el hombre allí no es casi nada; la naturaleza lo es todo.

Pero Lope en su comedia *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, marca su actitud frente a América. El pasaje preciso donde se encuentra la alusión se halla en la escena IV del acto primero. En dos vocablos ha sido resumida la actitud del poeta por la crítica peninsular: *Fe*, *Codicia*. En la ocupación de América hemos sido llevados, impulsados, por esas dos fuerzas, indica Azorín.

Dialogan en la comedia dos figuras alegóricas: Providencia, Idolatría. Lo curioso, verdaderamente curioso, es el modo como Lope entrelaza *Fe* y *Codicia*. "Allí, en ese diálogo, están ya los argumentos —en pro y en contra— del descubrimiento y la conquista, algunos de los cuales relucirán a través de los siglos para acreditar o empequeñecer la fabulosa empresa".

Como ejemplo de las variaciones del gusto, indica don Marcelino Menéndez y Pelayo, cotejar los juicios formulados en distintas épocas sobre esta pieza; mas como sería extendernos demasiado escudriñar el decir de autor por autor, la crítica de la obra puede agruparse en dos campos: el de la extranjera y el de la foránea.

Dice la crítica extranjera —esta pieza, quizás en atención a su asunto fue inmediatamente muy traducida y comentada— que la obra parece superiormente concebida desde el punto de vista español y católico. La nacional española, en contrario, consideraba la comedia con notorio desvío. Por ella un crítico tan generoso como Azorín, no duda en colocar a Lope de Vega entre sus *Retratos de algunos malos españoles*.

—Por qué es un mal español Lope? (pregunta el autor de *Los Valores Literarios*). —Por qué tiene principalmente un puesto en esta galería? —Por su comedia *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*.

En uno y otro criterio extremo hay notoria injusticia, más por falta de penetración psicológica que por información literaria. Lope se sitúa ante el indio americano, como ante el hombre de cualquiera de las regiones de España cuando se ve hollado injustamente. Baste recordar *Fuenteovejuna*. La diferencia está solo en que en esta pieza es el Comendador el que atropella los derechos populares y, en la comedia americana que venimos comentando, es el Encomendero.

Lope, excesivo en todo, fue lector, infatigable. Menéndez Pelayo y otros críticos de gran valía han puntualizado, en extensos estudios, las fuentes que le permitieron documentarse en cuanto hace relación al Nuevo Mundo. Pero el léxico indígena que usa tan propia y discretamente la mayoría de las veces, hace pensar que para escribir sus comedias americanas, además de la información recogida en los libros, obtuvo otras, quizás por vía oral, de sus amigos y relacionados que, habiendo estado en América, conocían las costumbres y aún las lenguas indígenas.

No es suposición sin fundamento. Un curioso testimonio, el del capitán Alonso de Contreras en su famosa autobiografía, ilumina esta zona

de la avidez del *Fénix de los ingenios* por los entresijos de las existencias aventureras que sintieron el señuelo de las *Indias nuevas*.

“Nos quedamos —relata Contreras— pobres pretendientes en Corte, aunque yo no libré mal por que Lope de Vega, sin haberle hablado en mi vida, me llevó a su casa diciendo:

—“Señor Capitán, con hombres como Vuestra Merced se ha de partir la capa”.

“Y me tuvo por camarada más de ocho meses, dándome de comer y cenar, y aún vestido me dio. Dios se lo pague!...”.

Para quien el amor fue norte de su vida, brújula de marear de su simpatía e interés, América significó también la lírica carta que, bajo el pseudónimo de *Amarilis*, le escribió a Madrid una admiradora americana. ¿Qué mejor incentivo para aquel corazón pronto a arder en apasionado fuego? Al tomar la pluma para contestarle, la memoria de Lope se vuelve hacia *El Nuevo Mundo descubierto por Colón*, la primera y más famosa de sus comedias americanas, y comienza de esta manera:

*“Ahora creo, y con razón lo fundo
Amarilis indiana, que estoy muerto,
pues que vos me escribis del otro mundo.
Lo que en duda temí tendré por cierto,
pues desde el mar del Sur, nave de pluma
en las puertas del alma toma puerto.*

.....

¡Ah!, pero esta gentil *Amarilis* está lejos... muy lejos... como su América misteriosa y fascinante!... Si estuviera cerca; si pudieran verla sus ojos, cómo la amaría; qué de locuras de amor no hubiera acometido por ella.

“Sin ojos quien amó”?... El mismo lo ha dicho, y lo dijo mejor que nadie, porque no parece sino que sus ojos se han abierto a la vida para prendarse de cuanto vieron, para contemplarlo todo amorosamente y reflejar el mundo a través de su amor.

Pero con *Amarilis* queda América en el alma de Lope como una sombra de amor, a semejanza de su incógnita corresponsal. Vaga sombra, pero sugerente como ninguna otra, más real e inspiradora que aquella, la homónima madrileña, también poetiza espiritual y culta.

A pesar de las informaciones de primera mano que Lope adquirió sobre el mundo recién descubierto, los conocimientos geográficos de la época eran escasos; las confusiones de las distancias entre regiones, muchas; y de esa limitación no podía salvarse ni aún un personaje tan descollante y tan calificado. Hay, pues, que perdonarle al *Fénix de los ingenios* los cambios de lugares de un paraje a otro: el que considere al Brasil como un archipiélago o describa al Perú como una región en extremo corta con prados en la costa, “como no hay de más verde yerba en Flandes”...

Y más que nadie debemos perdonárselo nosotros y aún agradecersele porque, según ha dicho un crítico, a una grave pero bella equivocación debemos que el pobre y olvidado Nuevo Reino de Granada, o, más precisamente, su capital, Bogotá, tachone las referencias americanas del *Fénix de los ingenios*:

*“Santa Fe de Bogota bien quisiera
Que su Amarilis el laurel ganara
Con su Fénix rara,
Y que el mejor de España lo perdiera...
Mas dice en medio el mar que se contente
De que lo llame sol el occidente,
Porque estar en dos mundos no podía
Sin ser el uno noche, el otro... día.*

.....

Otra referencia, ciertamente de mayor detalle, haremos notar más adelante en la obra de Lope a la muy noble y muy leal ciudad del águila negra y las granadas de oro.

Volvamos ahora a la obra dramática, primera consagrada a América que venimos estudiando. Habrá en ella, sin duda alguna, más resonancias americanas que sería prolijo enumerar. De más interés consideramos acotar las observaciones de índole histórica o filológica que directamente nos conciernen.

El carácter contradictorio de Cristóbal Colón está muy bien trazado en la pieza. La superioridad de su inteligencia, la viveza de su imaginación italiana, el exclusivismo de su carácter, su presencia de ánimo, su astucia y humanidad, todo está admirablemente comprendido y no menos admirablemente expresado. Porque fue providencial —dice don Marcelino Menéndez y Pelayo— se juntasen aquellas tan diversas cualidades de místico, hombre de ciencia experimental, hasta cierto grado, hombre de sentimiento poético y de inmenso amor a la naturaleza con el lo-grero genovés, enamorado superticiosamente del oro.

Este rasgo saliente del carácter del descubridor, lo describe Lope de Vega en forma afortunada. En una de sus cartas había dicho Colón:

“El oro es excelentísimo; el oro hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas del paraíso”...

El insigne poeta con intuición genial le pone en la boca esta estrofa:

*“Señor dinero; que el dinero es todo:
Es el maestro, el norte, la derrota,
El camino, el ingenio, industria y fuerza.
El fundamento y el mayor amigo”.*

Las figuras de Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla —el uno tenaz, circunspecto y cauteloso; la otra inteligente, piadosa, pero ardorosa y resuelta— están trazadas conforme la verdad histórica.

Las costumbres de los aborígenes, sus pasiones, sus creencias, su ignorancia, están pintadas con mucho arte. Lo que más llama la atención de Lope en el Nuevo Mundo es “la vital facilidad” de las indias. La resistencia —llama que prende y aviva el deseo— no tenía sentido para los aborígenes; el recato les era desconocido:

*“No vital facilidad
por deshonra tienen estas”.*

Pero lo que admira sobre todo, es la manera como expresa Lope la impresión producida en el espíritu de los indios por la llegada de los españoles. Es una escena viva, colorida que sintetiza y refleja con arte insuperable la desconcertante realidad que hubieron de vivir nuestros primitivos habitantes ante la inesperada presencia de aquellos extraños seres, mitad bestia, mitad hombre, que a su arbitrio se escindían o manejaban el rayo.

En esta pieza Lope hizo no solo labor dramática, sino también obra de historiador, que, como él mismo dijo en la dedicatoria de una de sus comedias, “la fuerza de la historia representada es mayor que leída: cuánta diferencia se advierte de la verdad a la pintura y del original al retrato; porque en un cuadro están las figuras mudas y en una sola acción las personas y en una comedia hablando y discurriendo y en diversos afectos por instantes, cual son los sucesos... Pues con esto nadie podrá negar que las famosas hazañas o sentencias referidas al vivo, con sus personas, no sean de grandes efectos para renovar la fama...”.

De lo histórico, pasemos a lo filológico. El lenguaje de los indios en las comedias americanas de Lope es, desde luego, convencional; no podía ser de otro modo. Pero el poeta no desperdicia la oportunidad de engarzar en sus estrofas las palabras nuevas que llegaban del mundo recién descubierto, persuadido de que aquello corresponde al acervo común del idioma.

Por consecuencia de esta actitud, que no puede estar completamente desligada del hecho de su fabulosa fecundidad, la suma de los indigenismos que Lope emplea en sus obras —observa un estudioso de estas cuestiones— es tres veces mayor que el total de los usados por todos sus contemporáneos.

Apuntemos con brevedad los que más directamente conciernen a nuestra habla nacional.

Sienta Marcos A. Morinigo, en enjundioso estudio sobre los indigenismos americanos en el léxico de Lope de Vega, que la palabra *chapetón* no es voz americana; pero no da fundamento ninguno a su aserto. Y americanismo es, o por mejor decir, colombianismo muy notorio. Como explican autores de valía, tuvo entre nosotros significado peyorativo en época posterior, en los días que antecedieron a las jornadas de la independencia.

Pero su estirpe se remonta a Fernández de Oviedo, quien en 1595 —época por la cual empezó Lope a escribir su pieza— la usa para significar el español recién llegado a América y, por consiguiente, inexperto, bisoño.

Lope, que como han probado sus críticos, se embebió en la lectura de esta obra, la recogió de ella para engazarla en algunas de sus comedias al hacer referencias a la vida americana.

En *El valiente Céspedes* encontramos la primera muestra del uso por Lope de la palabra a que venimos refiriéndonos:

—*¿Luego, chapetón, venís?*

—*Nunca he sido perulero
ni he pasado a ver el oro
que ha conquistado Colón.*

En *El anzueto de Fenisa*, se oye de nuevo la expresión:

—*Qué chapetón que estais en estas Indias.*

Y en *La dama boba*, el adjetivo que el *Diccionario de la Real Academia* recoge impropriamente para designar a todo europeo llegado al Nuevo Mundo, adquiere su sentido nítido y restringido al aplicarse exclusivamente a *chapetones castellanos*.

Ese español, establecido en América, como su congénere el indiano —el enriquecido en el Nuevo Mundo que a España regresaba— jactándose ambos de haber intervenido en episodios inverosímiles, aumentaban las posibilidades de la acción dramática, y Lope acertó a darles en el teatro el interés que despertaban en la vida real.

De indianos son muchas las referencias que podrían acopiarse en la obra de Lope; pero es suficiente mostrar en el protagonista de la comedia *De corsario a corsario*, el arquetipo del chapetón que, al cabo de cuatro años, regresaba a la corte y, trocado en indiano, quería completar su fortuna con los honores, porque es un retrato insuperable de esos tipos de la época. Al franquearse con un amigo, el personaje en cuestión se auto-retrata de la siguiente guisa:

*Troqué por la mar la tierra,
pasé la barra por quien
tantas de las Indias entran.*

*Llevaba yo seis vestidos
un tremellín, dos cadenas.
Y apenas tres mil reales:*

*¡qué caudal para esta empresa!
Vídeme en lo alto un día,
y miré la mar soberbia.
Lejos de la tierra amada,
y de las estrellas cerca...*

*Pues estuve un año apenas
 en Santa Fe de Bogota,
 cuando una hermosa doncella
 puso los ojos en mí...
 Caséme por caballero;
 ¡bien hayan, amén, las tierras
 adonde tiene valor,
 más que el oro, la nobleza!...
 Dióme su padre con ella
 setenta mil pesos: mira
 lo que un casamiento pesa...
 Quiero decir que con ella
 cuatro años casado estuve;
 que estar de mi patria fuera
 me hizo contar los días,
 no el cansarme de quererla.
 Pasó, en fin, a mejor vida...
 Fue sobre el parto de un ángel,
 que vivió después de muerta
 las horas que me bastaron
 para no perder mi herencia.
 Pártome a España gozoso,
 Fernando, trayendo a ella
 un casamiento de plata,
 mucho peso y poca pena:
 si así son los casamientos,
 no sé cuál hombre se queja,
 pues después de enviudar presto
 quedé con famosa hacienda.*

Admira, en este rebusco de voces americanas usadas por Lope de Vega, no hallar el empleo de la palabra criollo, aparejada a chapetón, indiano y perulero. ¿No la conocía el Fénix de los ingenios? Semejante supuesto no es creíble. La fecha de aparición del término, trasciende el mero interés lexicográfico ya que importa aún más como hijo, en el proceso de las letras y la cultura. Según Juan José Arrom la primera vez que esta palabra se encontró impresa fue en 1574 en la *Geografía y Descripción Universal de las Indias*, recopilado por el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco.

Otros autores, como el padre José de Acosta —leído y consultado por Lope de Vega según han probado algunos críticos— dio cabida a la palabra en sus obras, lo que permite asegurar no solo que el gran dramaturgo la conoció, sino que antes de terminar el siglo XVI, era común y corriente el uso de ella.

¡Pero qué le vamos a hacer! No correspondió al *Fénix de los ingenios* la gloria de apadrinarla e introducirla en el lenguaje literario de su época. Tal distinción estuvo reservada al Inca Garcilaso de la Vega, quien en 1609 la pone en la primera parte de los *Comentarios Reales*:

“Es nombre que lo inventaron los negros y así lo muestra la obra. Quiere decir entre ellos negro nacido en Indias; inventáronlo para diferenciar los que van de acá, nacidos en Guinea, de los que nacen allá, porque se tienen por más honrados y de más calidad, por haber nacido en la patria, que no sus hijos porque nacieron en la ajena, y los padres se ofenden si les llaman criollos. Los españoles, por la semejanza, han introducido a los nacidos allá. De manera que el español y el guineo, nacidos allá, les llaman criollos y criollas”.

La lengua se halla fragmentariamente en los individuos —enseña don Rufino Cuervo— o, mejor dicho, en las familias o agrupaciones especiales; pero a medida que estas se cruzan, se nivela y uniforma el lenguaje, pegándose y trasladándose las peculiaridades.

De esta manera, incorporando al idioma castellano, del cual es él uno de los más excelsos forjadores, las nuevas voces americanas, Lope de Vega fija un criterio a este respecto y establece, primero que ningún otro ingenio de su época, la buena doctrina en materia idiomática, realizando el esfuerzo más significativo por ampliar los moldes de la lengua.

Pero aún llega a mayor extremo de adelanto su espíritu innovador. Con su actitud frente a América, Lope ha trabajado por ella. No ha formado el idioma, que estaba ya formado, es cierto. Pero ayudó a depurarlo, a acendrarlo con la visión del Nuevo Mundo. Y el idioma es el lazo infrangible que por siempre jamás nos une a americanos y españoles; el idioma es la trabazón más fuerte de la nacionalidad; la patria —ya lo dijo nuestro ilustre Rufino José Cuervo— es la lengua. Por el adueñamiento del idioma español del habla del mundo americano, se han forjado el más poderoso vínculo para la obra fecunda de la fraternización de los pueblos.